

V. LAICISMO Y RELATIVISMO*

Mientras que la laicidad implica un punto de encuentro, en el que los esfuerzos racionales pueden confluír a la hora de captar de exigencias éticas y jurídicas objetivas, el relativismo condena inevitablemente a suscribir un planteamiento laicista incapaz de establecer diálogo alguno.

Me anima a ocuparme del relativismo, como punto de arranque del tratamiento del laicismo, un dato adicional. Se ha producido el fallecimiento del más honesto y consecuente defensor del relativismo. Me lleva a abordar su doctrina su envidiable capacidad para llevar hasta el final, sin disimulos, las implicaciones de su punto de partida. Entre nosotros abundan, por el contrario, relativistas bienpensantes. Se acogen a un incoherente doble lenguaje para defender los derechos humanos, llamándolos fundamentales a la vez que les niegan todo fundamento objetivo; se consideran propietarios del tratamiento de tales derechos en la Constitución, que les reconoce (artículo 53) un “contenido esencial”, aunque para ellos tenga que serlo sólo relativamente.

Para Rorty, “una sociedad liberal ideal es una sociedad que no tiene otro propósito que la libertad”; es decir, “hacerles a los poetas y los revolucionarios la vida más fácil, mientras ve que ellos les hacen la vida más difícil a los demás sólo por medio de palabras, y no por medio de hechos”.⁹⁶ No resulta fácil poner peros a la libertad o a la poesía, ni siquiera a la revolución, si lo que se nos propone es sustituir la violencia de los hechos por el arrullo de las palabras.

* *Dios en la vida pública. La propuesta cristiana*, Madrid, CEU Ediciones, 2008, t. I, pp. 77-81.

⁹⁶ Rorty, R., *Contingencia, ironía y solidaridad*, cit., nota 47, p. 79.

Su batalla sin cuartel tuvo en el punto de mira un triple objetivo: lo natural, lo verdadero y lo racional. Entre nosotros, no faltan fervorosos negadores de lo natural y de lo verdadero, pero no renuncian a presumir coquetamente de racionales. ¿Cuántos, y con qué coste, se atreven aún a remitirse a una naturaleza humana, capaz de fundamentar derechos o legitimar instituciones? ¿Quién no se apunta a la fobia a la verdad, sin ahorrarse pontificar que es la libertad la que nos hace verdaderos? Menuda revolución... Lo que sí llama la atención es ejercer la gallardía necesaria para, coherentemente, tomarse la razón también a beneficio de inventario.

De descreídos que ridiculizan cualquier alusión a lo natural no estamos mal servidos; pero luego cantan a unos derechos humanos capaces de controlar el ejercicio del poder, sin que les importe mucho hacerlos levitar al negarles fundamento metafísico. De alérgicos a la verdad tampoco andamos mal; pero si la niegan será en nombre de una razón que han tenido a bien inventarse y sin la que nada tendría para ellos sentido. Rorty se permite el lujo de no ser bienpensante. No es de los que practica la dictadura del relativismo, imponiéndola dogmáticamente a los demás; hay que reconocer que siempre tuvo el buen gusto de comenzar por imponérsela a sí mismo. Revolucionario, sin duda...

Es consciente de que con ello va a tambalearse todo el andamiaje democrático, pero tampoco esto le arredra. Quien esté dispuesto a liberarse, “gradual pero firmemente, de la teología y de la metafísica; de la tentación de buscar una huida del tiempo y del azar”, único modo de “reemplazar la verdad por la libertad”,⁹⁷ habrá a cambio de reconocer que “la metafísica está inserta en la retórica de las sociedades liberales modernas”. Lo que no le parecería de recibo es prescindir de ella y seguir manejando sus frutos como si fueran algo más que retórica. Nos anima a reconocer, sin espantos, que “la democracia está ahora en condiciones de desprenderse de los andamios utilizados en su construcción”. Ya habría llegado la hora de confesar que “la distinción entre lo

⁹⁷ *Ibidem*, p. 15.

racional y lo irracional es menos útil de lo que pareció alguna vez”. Aunque calificara a su pensamiento de irónico, no se presta a apoyar la convivencia social en una razón sin verdad. “El léxico del racionalismo ilustrado, si bien fue esencial en los comienzos de la democracia liberal, se ha convertido en un obstáculo para la preservación y el progreso de las sociedades democráticas”.⁹⁸ Quien quiera pues democracia que deje a la razón en paz. Por el contrario, cuando Benedicto XVI anime a convertir el plus de verdad fruto de la fe en punto de apoyo para una razón en crisis, Habermas no dudará en mostrarse de acuerdo.

Algo tan actual como la sustitución, como punto de referencia ético, de una naturaleza racionalmente cognoscible por el mero sentimiento se produce en Rorty sin tapujos ni remilgos. Si contra algo invita a luchar es contra el “sentido común”; contra ese afán de tantos de tratar las “cosas importantes” con arreglo a unos principios a los que “ellos y los que les rodean están acostumbrados”. Asumamos de veras que no hay ninguna exigencia ética que desborde lo subjetivo, ni que pueda ser racionalmente captada. El desafío consiste en atreverse a considerar lo “objetivo” o lo “cognitivo” como meros “títulos honoríficos”.⁹⁹ El utilitarismo de Bentham resucita así: lo éticamente decisivo no será ya preguntar al otro si “crees o deseas aquello en lo que creemos y deseamos”, sino interesarnos lisa y llanamente sobre si “estás sufriendo”. Sería ya hora de distinguir entre las únicas preocupaciones de relevancia pública, que se reducirían a “las cuestiones acerca del dolor”, y asuntos meramente privados, como el debate sobre cuál sea el “objeto de la vida humana”.¹⁰⁰

El único modo de liberarse de la verdad es, para Rorty, liberarse a la vez de la razón y de sus obsesiones; de ese curioso afán por “llegar a un acuerdo”, por “encontrar la máxima cantidad de terreno que se tiene en común”, que es fruto típico del irresistible empeño por vincular razón cognoscitiva y deber ético. La ética

⁹⁸ *Ibidem*, pp. 63, 67, 68, 100 y 212.

⁹⁹ *Ibidem*, pp. 92 y 304.

¹⁰⁰ Rorty, R., *Contingencia, ironía y solidaridad*, cit., nota. 47, p. 217.

clásica lo intentó buscándolo en un ser, “fuera de nosotros”, o bien en nuestras propias mentes, “dentro de nosotros”, o, de la mano de la filosofía analítica, “en el lenguaje” como “esquema universal para todo posible contenido”. Y todo ese ajeteo por el inconfesado temor a que “insinuar que no existe este terreno común parece que es poner en peligro la racionalidad”.¹⁰¹ Rorty considera suficiente conformarse con aspirar a ser personas “unidas por la urbanidad más que por un objetivo común”; empeñadas no tanto en inventar “otra forma de conocer”, como en intentar dar paso a “otra forma de arreglárselas”.¹⁰²

Demasiado coherente con el relativismo como para que no llegue a producir vértigo. Su impagable aportación es dejar en evidencia a los que se engalanan suscribiendo esos mismos puntos de partida, pero se muestran incapaces de asumir coherentemente las consecuencias. Para Rorty, liberados de la verdad, “los asesinos y violadores serbios no consideran que vulneren los derechos humanos; porque ellos no hacen esas cosas a otros seres humanos sino a musulmanes”. No ha olvidado tampoco que el propio Jefferson “fue capaz tanto de poseer esclavos cuanto de pensar que todos los seres humanos estaban investidos por su creador de ciertos derechos inalienables”. Al fin y al cabo, unos y otros “usan la expresión *hombres* para referirse a gente como nosotros”.¹⁰³ Si no contamos con verdad objetiva alguna que pueda llevarnos a percibir justamente la realidad, ¿para qué condenarnos a un hipócrita doble lenguaje...?

Habría llegado la hora de admitir que “la emergencia de la cultura de los derechos humanos no parece deber nada al incremento del conocimiento moral y en cambio lo debe todo a la lectura de historias tristes y sentimentales”. Habría llegado la hora de “superar la idea de que el sentimiento es una fuerza muy débil y de

¹⁰¹ *Ibidem*, pp. 288 y 289.

¹⁰² Rorty, R., *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1983, pp. 290, 321 y 322.

¹⁰³ Rorty, R., “Derechos humanos, racionalidad y sentimentalidad”, *De los derechos humanos. Las conferencias Oxford Amnesty de 1993*, Madrid, Trotta, 1998, pp. 117 y 118.

que se requiere algo más fuerte. La idea de que la razón es más fuerte que el sentimiento”.¹⁰⁴ Si sólo estamos en condiciones de digerir un pensamiento débil, seamos lo suficientemente sensatos para intentar al menos arraigar sentimientos fuertes. Los bienpensantes no suelen, sin embargo, conformarse con compartir la fe de Rorty en la poesía como instrumento de convivencia.

Si queremos jugar a liberarnos de la verdad, juguemos; pero tengamos la honestidad intelectual de depositar cuidadosamente a la razón en el museo. Programa ya tenemos; nos lo brindó el propio Rorty: “concebir como fin de una sociedad justa y libre el dejar que sus ciudadanos sean tan privatistas, irracionalistas y esteticistas como deseen, en la medida en que lo hagan durante el tiempo que les pertenece, sin causar perjuicio a los demás y sin utilizar recursos que necesiten los menos favorecidos”.¹⁰⁵

El problema será, una vez aparcada la verdad, cómo determinar quiénes son “los demás”, o cómo identificar a “los menos favorecidos”. Todo parece quedar remitido a un nuevo sentido común meramente sentimental, en el que habrá que ver qué sitio acaba quedando para el extranjero, para el aún no nacido o para el enfermo terminal. De poco sirve dar por sentado que “todos tenemos la insoslayable obligación de hacer decrecer la crueldad”, si a continuación la honestidad intelectual obliga a reconocer que “es difícil imaginar la formulación de una ética semejante sin alguna doctrina acerca de la naturaleza del hombre”;¹⁰⁶ pero esto es precisamente lo que se trataba de desterrar...

Rorty, consecuente hasta el final, renunciará incluso a convertir el relativismo en un absoluto inconfesado: Para él, “decir que debiéramos excluir la idea de que la verdad está ahí afuera esperando ser descubierta no es decir que hemos descubierto que, ahí afuera, no hay una verdad”.¹⁰⁷

¹⁰⁴ Rorty, R., *Derechos humanos, racionalidad y sentimentalidad*, cit., nota 103, pp. 125 y 132.

¹⁰⁵ Rorty, R., *Contingencia, ironía y solidaridad*, cit., nota 47, p. 16.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 106.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 28.